



"Modelo de falda-pantalón. (De fotografía de Enrique Manuel comunicada por Argus.)" 1911, n.º 1.522, p. 156.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ya se ha visto cómo la realidad sobrepujó á la previsión, en lo referente á la gazapera que suponía yo que iba á armarse cuando las *jupes* de marras aparecieran en Madrid. No fué cosa del primer día: la juer-ga se prolongó cerca de una semana.

A decir verdad, se prolongó todo lo que la autoridad consintió que se prolongase, pues en cuanto se desplegó una miaja de saludable energía, y se puso coto á los desmanes; en cuanto la prensa, que es otra autoridad de formidable peso, llamó brutos, cafres y degenerados á los del motín antifaldero, amainó como por encanto la tormenta, y hoy se pasean con la prenda de autos los maniqués vivos que la anuncian, y nadie les dice un mal insulto, ni les dirige una chunga procaz.

Era doblemente lamentable el espectáculo que se daba en las vías más céntricas de la capital, por hallarse aquí una embajada extraordinaria del gobierno mexicano, ante el cual, como ante los demás Estados procedentes de España, nunca nos presentaremos con demasiada dignidad, nunca extremaremos las actitudes correctas, serias y de tolerancia inteligente.

La Embajada venía presidida por un novelista eminente, D. Federico Gamboa, á quien desde hace tiempo conozco y estimo. Le acompañaba su esposa, una dama bella y fina. Todo ello está muy en su punto, y ojalá dé por resultado esta misión que se estrechen los lazos de afecto entre la más española, en tradición y costumbres, de las repúblicas sudamericanas, y se sientan un poco *gachupines* los que tienen con nosotros tan inalterables afinidades. México debe amar más á España, porque quiso la suerte que realizara su Conquista el superhombre entre aquellos superhombres que eran (vistos en conjunto), los conquistadores. De aquellas águilas caudales, Hernán Cortés fué la de alas más vastas y vuelo más alto.

Por eso hubiese yo deseado que Madrid ofreciese á nuestros visitantes el cuadro de un estado de civilización, hasta superior á la de otros países, donde la falda-pantalón ha provocado también explosiones de estólida intransigencia.

La falda discutida, que al fin he logrado ver, no tiene nada de fea, ni tampoco de bonita. Es muy parecida, á primera vista, á las sayuelas que se gastaron todo el verano pasado y todo este invierno. Cuando la mujer rompe á andar, entonces se nota que hay una separación. Sobra advertir, porque todos lo han reconocido, que es muy honesta, que no descubre ni señala las formas, y que presta suma comodidad para la marcha.

Claro es que, por un tiempo incalculable, no será prenda de uso general. Hay una muralla ante ella. Lo que digo es que refúge no pocas ventajas, no siendo ésta una razón suficiente para que se aclimate.

Entre las máscaras que discurrieron por calles y paseos durante el Carnaval, hubo algunas que caricaturizaron la moda presente, y los pantalones nuevos. Era curioso notar lo poco que se prestan á la caricatura.

No puede contarse este Carnaval entre los más

animados. Lo ha sido mucho en los salones, donde no hubo noche sin baile, y á veces en una noche misma se bailó en dos ó tres casas; pero, en la calle, las carrozas y los coches adornados fueron sosos, sin ideas, sin nada humorístico. A pesar de un tiempo idealmente hermoso, templado, una delicia de tiempo, el Carnaval callejero adoleció de su vieja sosería crónica.

Verdad que acaso suceda algo análogo en todas partes. Me han asegurado, personas que están bien informadas, que el Carnaval de Niza no es, ni con mucho, tan brillante, tan espléndido, como la fama cuenta. Hasta aseguraban estos testigos presenciales que le supera en lucimiento el de Madrid. Tampoco allí el ingenio anda por arrobos. Lo que sucede es que los hosteleros de Niza toman eso del Carnaval como negocio, y se cotizan para que haya carrozas, máscaras elegantes, sorpresas y alborozo juvenil. Todo quiere ser fomentado por los intereses económicos; todo es, en este mundo pícaro, cuestión de ochavos, y en Niza entienden más que en Madrid la aguja de marear.

En Madrid, empezamos á desayunarnos con que se necesitan buenos hoteles, y con que un hotel requiere su ramo de diversiones dentro del edificio, para que, si llueve, los viajeros puedan entretenerse sin salir á la calle. Ahora se anuncia la construcción de otro hotel, mejor que el Ritz, en los vastos solares de Medinaceli. Ya se cuentan maravillas de él. Será la última palabra del confort y del buen gusto. Madrid, de golpe, subirá á la altura de otras capitales muy renombradas. No poseía, realmente, una fonda seria, y va á contar con dos de primera línea.

Pudiera, sobre esta base, dar vuelo á su Carnaval, hacer de él una atracción para forasteros y extranjeros; pero no puede prometerse todos los años la temperatura primaveral de Niza. De los Carnavales que en Madrid recuerdo, pocos fueron los que no tiritaron de frío. Y el frío, y la lluvia sobre todo, no se hermanan con el Carnaval de las calles.

El Carnaval debía, en buena ley, venir después de la Cuaresma. Así se evitaría el poco edificante espectáculo de la juerga el Miércoles de Ceniza. Dijérase que, en este católico país, la comilona y la borrachera se guardan para el día en que, naturalmente, debieran evitarse, al menos en público, expansiones que recuerdan las de las *hermeses* pintadas por Teniers. El agarrado; los organillos; las botas repletas; los cestos atestados de vituallas, las riñas, la navaja, la grosería, el chiste soez... he aquí la ceniza que se impone en la frente un pueblo que oficialmente es católico, y que, catolicismo aparte, por respetos á la costumbre tradicional, debiera no elegir precisamente ese día melancólico para rendir culto ostensible é inmoderado á Venus, Baco y Ceres, y acaso á Marte, si Marte se dignase intervenir en riñas de curdas y en peleas de mujeres.

Caería mejor el Carnaval después de las abstinencias y tristezas cuaresmales; tendrían explicación más satisfactoria sus demasías, como desquite de una época severa, y por otra parte, la serenidad del tiempo aseguraría el éxito de comparsas, carrozas y mascarones.

¡Oh! Esos mascarones astrosos, desterrados ya de las calles y resucitados en el «entierro de la sardina.» ¡La destrozona de escoba sucia y rota, careta con churretes de bermellón en ambas mejillas, trapos figurando el cuerpo de la mujer, mantón raído, de color indefinible, y botazas torcidas embadurnadas de barro! ¡El bebé mofetudo, de plegado faldellín, pantaloncillos bordados, larga melena rubia de cerro, enorme pamelita directorio de percal fruncido, zapatos infantiles y calcetines calados sobre zancas garrosas de varón hecho y derecho! ¡El dominó de percalina, que se pasea solitario, con su falso venecianismo, su negro antifaz, su guante descosido y su calzado recio! ¡El cachidiablo forrado de lustrina, con luengo rabo relleno de algodón en rama, con cara inocente bajo la careta mefistofélica! ¡El rata anticuado, que no trae de retraso, en las oportunidades y satíricas intenciones de su disfraz, más que veinte años, el tiempo que la Gran Vía ha tardado en pasar de proyecto á realidad... naciente, con derribos, polvo y solares y desmontes! ¡El golfo con careta de político importante, persuadido de que el llevar sobre su propia faz la faz de cartón de Canalejas ó de Montero Ríos, le presta dignidad y casi le ilustra! Y, en resumen, ¡los pingajientos y percaleros del Carnaval pobre, del Carnaval que parece salir de una trapería, para reirse, al sol, en parodia viva y alegre del otro Carnaval humano, del que dura el año entero, y viste de disfraz y tapa con antifaces los semblantes de tanta gente como anda por ahí, en perpetuo hervidero de farsas, vanidades y traiciones!

El mascarón, inculto, desaliñado y sin finalidad, es una forma de la alegría humilde, y otra, el disfraz de los niños de la clase popular, que encontramos

por las calles á miles. Ciertamente que no se concibe nada más cándido que disfrazar y enmascarar á una criatura á quien nadie conoce, excepto sus papás y la preñada del bajo; y con todo, no hay ilusión más profunda que la experimentada por los susodichos papás, al vestir á sus retoños y cubrirles el semblante de rosa con una careta de cartón que lleva un bigotazo. Desde dos semanas antes, andan los chicos alborotados con la esperanza del disfraz. Las madres, diligentes, buscan por aquí y por allí trapos que reluzcan. Nunca falta una señorita que de un vestido viejo de baile descosa retazos de raso ó terciopelo, adornos de cristal ó lentejuela; nunca deja de aparecer el preñado que se interesa por el éxito del disfraz, y saca de la trastienda un lote de cosas invendibles, utilizables en este caso. Y va arreglándose el traje de charra, ó de jardinera, ó de señora antigua, ó de hortelana, ó de gallega, ó de Fausto, ó de andaluz.

Llega el Domingo de Carnestolendas, y la criatura, por la mañana, se despierta mucho antes de la hora de costumbre, dando á sus padres el buen rato consiguiente. Desde que abre los ojos, quiere que le enseñen el disfraz; se lo han de extender sobre la cama, y ha de estar admirándolo, mientras llega la hora de vestirlo. Apenas prueba el desayuno; de mal talante se deja fregar la cara y las orejas. El peinado, generalmente en las niñas, ya tiene salsa de lagrimones, porque raro será que no duela mucho, al armar el moño de la charra ó al sujetar los bucles de la dama Luis XV. Al fin visten completamente á la mascarita, y, llena de ilusión y de orgullo, baja á dar rabia á las otras chicas del barrio, sus amigas y compañeras de escuela y de juegos. La cacharrera, la frutera, la castañera, las criadas del principal, el mozo del café de la esquina, prorrumpen en exclamaciones de admiración ante la mascarita, que se pavonea. Ajustada la careta sale á «dar bromas.»

A renglón seguido, un golfo cubre á la mascarita de confettis pringosos, y la mascarita suelta el trapo á berrear, porque le han manchado su rica faldamenta de raso pesetero, ó le han descompuesto los bucles del artificioso peinado. Hay que consolarla, ó atizarle un soplamocos. Muchas veces, hay que desnudarla, acostarla, encerrarla en el cuarto oscuro, ó Dios sabe qué.

Lo cual no impide que, dos ó tres días después de que las fiestas carnavalescas son sólo un recuerdo, los papás de la mascarita vuelvan á tomarse el trabajo de vestirla, arreglarla y emperifollarla, y llevándola de la mano, se dirijan á la galería fotográfica más próxima, con objeto de retratar al pimpollito. Y encargan seis copias: hay que remitir una á la abuela materna, que está en Calatayud; otra á los cuñados, en Buenos Aires; otra se destina á los padrinos, y otra á los tenderos amigos, que regalaron para el traje los galones. Y es una gracia, un goce, en medio de la vida sorda, apagada, sin incidentes, de un menaje humilde. Y la chiquilla ó el chichuelo hablan todo el año de lo que les avino, el memorable día en que bajaron á la calle vestidos de Margarita la Tornera ó de Mefistófeles...

La vida hay que engañarla con algo; hay que fingir la emoción, cuando no se presenta de suyo. Las existencias grises, confinadas en la monotonía del trabajo y de la pobreza, en los quehaceres y surcos del laboreo del pan diario, necesitan alguna vez una escapatoria hacia el ideal. Que este ideal sea callejero, mezquino, envuelto en fango y en confetti... siempre es algo que lleva al espíritu hacia las islas mágicas de la alegría. La mascarita ha sido, durante un mes, una preocupación más alta y brillante que todas las demás, que tienen por único objeto el sustento; y un poco de culto á la fantasía y á la belleza va envuelto en los preparativos del disfraz. Al cabo, sueño de sueños esto y lo otro y cuanto se ve desfilar ante la mirada curiosa... Poco dura el Carnaval, presto se arrojan sus oropeles; ¿pero acaso los oropeles restantes tienen mayor consistencia? Lo mismo los de la moda que los de la vanidad, irán á engrosar el montón de despojos que restan de los Carnavales sociales, históricos y de toda índole... En los cofres relegados á los desvanes podréis hallar el dominó de seda que ayudó á ocultar una aventura ó á dar bromas atrevidas en un coche, pero también hallaréis la fanfarrona cascaca palaciega, el ostentoso vestido de cola del sarrao, el velo de boda y el birrete cardenalicio...

¡Qué habrá duradero, si nosotros no duramos! El Carnaval se va, y se va, como dijo el poeta, la Nochebuena, y se va el año, y se va cuanto ansiamos, cuanto soñamos, las galas de la máscara y las de los que creen ostentar algo propio, superior á un día de jaleo á una hora de locura... Pero, como en los magníficos cuadros de Brughel, los despojos humanos se hacinan, y no es solamente Momo, el del efímero reinado, quien los lanza, rápidamente, al pudridero...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.